

LA CARAVANA DE MUSTERS Y CASIMIRO. LA “CUESTIÓN TEHUELCHÉ” REVISITADA
POR EL ANÁLISIS DE REDES. PUNTA ARENAS–CARMEN DE PATAGONES, 1869-70

JULIO E. VEZUB*

RESUMEN

Durante 1869 y 1870 el oficial de la marina británica George Ch. Musters recorrió 2.750 km desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro, integrando una caravana que encabezaba el cacique Casimiro cuando la Patagonia era todavía un territorio autónomo. Mediante la sistematización de datos de la crónica de Musters, provisto de herramientas informáticas para la elaboración de grafos, este artículo se dedica al análisis de las redes sociales que los actores tejieron durante el viaje. A partir de esta metodología se ensaya una discusión crítica de la etnología culturalista y su refutación parcial por los autores que consideraron la identidad étnica “tehuelche” como el fruto de la imposición y la imaginación coloniales. La hipótesis a confrontar es que la caravana de Casimiro puede comprenderse como un itinerario geográfico, político, parental, comercial y guerrero que delimita los sentidos históricos que asumió la identificación tehuelche en el contexto de los procesos expansivos del colonialismo y los estados nacionales argentino y chileno.

PALABRAS CLAVE: Patagonia, Tehuelche, Casimiro, Musters, redes sociales.

THE CONVOY OF MUSTERS AND CASIMIRO. THE “TEHUELCHÉ ISSUE” REVISITED BY
SOCIAL NETWORKS ANALYSIS. PUNTA ARENAS - CARMEN DE PATAGONES, 1869-70

ABSTRACT

During 1869 and 1870 British naval officer George Ch. Musters traveled 2,750 km from the Strait of Magellan to Río Negro, as a member of a convoy headed by *cacique* Casimiro when Patagonia was still an autonomous territory. By systematizing data from Musters' chronicle, and applying software for graphs, this article focuses on the analysis of social networks woven by these actors during the journey. Based on this methodology, the article poses a critical discussion of the culturalist anthropology and its refutation by authors who considered the ethnic identity of Tehuelches as an imposition of the colonialist imagination. The hypothesis is that Casimiro's convoy can be understood as a geographical, political, kinship, business and warfare itinerary which was defining the historical meanings of the Tehuelche

* Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas, Centro Nacional Patagónico, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IPCSH-CENPAT-CONICET). Bd. Guillermo Brown 2915, (9120) Puerto Madryn, Chubut, Argentina. vezub@cenpat-conicet.gob.ar

identification during the context of expansive processes of colonialism and nation states of Argentina and Chile.

KEY WORDS: Patagonia, Tehuelche, Casimiro, Musters, social networks.

LA “CUESTIÓN TEHUELICHE” Y LA ETNOLOGÍA DE LA PATAGONIA

Para la controversia etnológica que se ha dado durante los últimos veinte años entre los enfoques culturalistas e interaccionistas¹, probablemente, el caso “tehuelche” sea uno de los que más fácilmente se ajusta en Sudamérica a lo que una u otra línea antropológica reconocería como un “grupo étnico” en la más general de las acepciones, aquella que combina el énfasis en los procesos de construcción histórica de la identidad con una serie de atributos genealógicos, culturales y político-territoriales que se remarcan para distinguirse de otros. A partir de esta premisa ensayaré una revisión crítica doble, tanto de la etnología culturalista como de su refutación parcial por el paradigma de las “identidades impuestas”, que vio para el caso patagónico un conjunto de clasificaciones aparatosas y rótulos étnicos imaginarios, atribuibles a los colonizadores del siglo XVI en adelante y sus continuadores, los antropólogos del siglo XX.

Concentrado en el caso tehuelche, con el objeto de visualizar la dinámica histórica que posibilitó el eslabonamiento de pequeños espacios sociales en los extensos espacios territoriales de la región, compararé primero un par de mapas etnológicos de corte culturalista con el mapa del itinerario de la caravana que unió Punta Arenas con Las Manzanas y Carmen de Patagones entre abril de 1869 y mayo de 1870, itinerario que tuvo a Casimiro a la cabeza y al inglés George Chatworth Musters como integrante destacado de la partida.

Simultáneamente, pasaré por el filtro de las herramientas informáticas para el análisis de redes sociales (ARS) los datos de la famosa crónica de Musters. La hipótesis es que vista en el corto

plazo la caravana a la que éste acompañó durante catorce meses desde el estrecho de Magallanes hasta el río Negro puede leerse como una secuencia de malones y parlamentos, enfrentamientos y alianzas, agregación y dispersión de fuerzas que se dio en el marco de los procesos formativos de los estados nacionales chileno y argentino. Es decir, un itinerario geográfico, político, parental, comercial y guerrero que delimita los sentidos históricos que asumió la identificación tehuelche en el contexto del colonialismo europeo y republicano en el marco de las pestes y los conflictos que provocaron una severa retracción demográfica desde el siglo XVIII hasta fines del XIX.

Si se parte del título del coloquio en el cual se presentó una primera versión de este trabajo, “Las sociedades indias entre las clasificaciones etnográficas y las memorias colectivas”, se puede discutir desde este estudio de caso que la disyuntiva que atraviesa o sitúa a las sociedades indígenas americanas sea precisamente esa. Antes bien, se trata de reflexionar sobre el modo en que las prácticas clasificatorias intervienen en la producción de memorias y a la inversa, discernir el modo en que las memorias colectivas operan sobre las clasificaciones. De aquí se desprende el objetivo de este artículo, releer a Musters para reconocer las tensiones entre las clasificaciones etnológicas que él recoge y su propio análisis histórico y sociológico a medida que la caravana progresa. Esto será posible por la riqueza de sus observaciones y el registro concreto de situaciones concretas que el etnógrafo vivió participativamente como un capitán tehuelche más, diplomático y escriba de la partida que conducían Casimiro y Orkeke.

Historiográficamente, la discusión sobre la “cuestión tehuelche” tuvo su apogeo a mediados del siglo XX, centrada en el tópico de la extinción, el

1 Como deriva esencialista de la antropología cultural, el culturalismo otorgó valor omnicomprensivo a los atributos culturales y a los diacríticos definitorios de las “etnias”, sin ocuparse de la “identidad étnica” ni tampoco de los procesos de “etnicidad”. El interaccionismo, en contradicción con dicha corriente a partir de los años cincuenta, estuvo

más atento a las condiciones históricas de la emergencia de la alteridad y la etnogénesis, otorgándole carácter relacional y construido a la etnicidad. Para un tratamiento de los antecedentes teóricos del problema, véase Poutignat y Streiff-Fenart (1995).

relictos y las correspondencias entre etnia y nación, estableciendo generalmente una asociación lineal entre los “araucanos” con Chile y los “tehuelches” con la Argentina². En lo fundamental, se trató de un debate sobre clasificaciones etnológicas, basadas en tipologías raciales y fenotípicas como la estatura y la morfología craneana, los atributos culturales y las diferencias lingüísticas. Sin ahondar en detalles consignaré simplemente que Tomás Harrington en la “Contribución al estudio del indio Gunüna Küne” (1946), y Federico Escalada en *El complejo tehuelche* (1949), ordenaron con base etnográfica un panorama etnológico que ya estaba presente en las contribuciones que los precedieron desde fines del siglo XIX³. Estos autores distinguieron a grandes rasgos entre dos etnias, los “tehuelches meridionales” o *aónikenk* al sur del río Chubut, y los “tehuelches septentrionales”, “pampas” o *gunüna küne* con territorialidad entre ese río y el Negro. Entre estos dos grupos reconocieron un tercero prácticamente absorbido por los otros dos, los *teushen*, con base en la cordillera del noroeste de Santa Cruz y el suroeste del Chubut. Más allá de las variantes y subdivisiones que después divulgaría Rodolfo Casamiquela (1965, entre otras publicaciones), todos los que intervinieron en la discusión sostuvieron que estas etnias hablaban lenguas distintas⁴. Según los estudios lingüísticos más recientes hay que remontarse 5.000 o 6.000 años para encontrar el tronco común a los idiomas *günün a iajüch* y *aonik’o ais* de los “septentrionales” y “meridionales” respectivamente (Viegas, 2005, p. 63).

En una obra de vasto alcance, *Los Aónikenk historia y cultura*, Mateo Martinic (1995) se ocupó

de los “Tehuelches Meridionales Australes” de la sub-clasificación de Casamiquela, los “propiamente Aónikenk”, del sur del río Santa Cruz hasta el estrecho de Magallanes. Se trata precisamente de la gente que saldrá perdedora del primer conflicto de 1869 que narraré más adelante, los que se subordinan con desgano a los vencedores Casimiro y Orkeke. En ese y otros trabajos puntuales, Martinic mostró que también hubo tehuelches en Chile, desmontando la visión de esta etnia como soporte exclusivo de la argentinidad sureña. Salvo Martinic, alguna excepción anterior (Boschín & Nacuzzi, 1979), y nuevamente Casamiquela en un libro de publicación postergada sobre los “Tehuelches Septentrionales” (2004), no se registraron novedades mayores respecto de las intervenciones de mediados del siglo XX. En los últimos quince años Boschín y Nacuzzi cambiaron de paradigmas separadamente y con líneas divergentes, refinando en un caso el seguimiento arqueológico, histórico y etnográfico de los procesos de construcción de identidades socio-territoriales patagónicas durante los siglos del contacto con los europeos y criollos (Boschín, 2002, 2009; Boschín & Del Castillo, 2005), y optando en el otro caso por concebir las etnias como productos de naturaleza colonial (Nacuzzi, 1998).

En general, desde los años noventa faltó interés por la problemática histórica tehuelche, encontrándose pocos trabajos recientes además de los mencionados. Esta carencia se hace manifiesta si se dirige la búsqueda hacia los autores que de distinta manera han confrontado con la matriz culturalista, entre ellos Rodríguez & Delrio (2000), parcialmente mis propios trabajos

² Entre los muchos trabajos que se han ocupado de la crítica del nacionalismo subyacente a los enfoques etnológicos pampeanos y patagónicos, se destaca el de Lazzari & Lenton (2000).

³ Entre las principales obras que conformaron el corpus etnológico del tránsito del siglo XIX al XX, véase Moreno, F. P. (1876); Moreno, E. (1979); Lista (2006) [1894]; Lehmann-Nitsche (1922); y Outes (1928). Aunque de publicación simultánea con los trabajos de Harrington y Escalada, debe considerarse el estudio de antropología física de Imbelloni (1949), por su yuxtaposición con los criterios de las clasificaciones raciales y etnológicas.

⁴ La división entre “tehuelches meridionales” y “septentrionales” que quedó fijada por la etnología de mediados de siglo XX, y en particular por Casamiquela, no se corresponde

con los mismos rótulos que empleó Musters para diferenciar entre “meridionales y septentrionales” del sur y norte del río Santa Cruz, y no del sur y norte del río Chubut como lo harán Escalada y Casamiquela, incluyendo también una distinción entre dos lenguas. Cada subgrupo de los que había señalado Musters coincide con los tehuelches “meridionales australes” y los “meridionales boreales” del último autor, según puede verse en los mapas reproducidos en la figura 1 (Casamiquela, 1990, p. 27). Solo en una oportunidad a lo largo del artículo recurrí a la distinción de Musters para describir el conflicto que estalla entre Cuastro (“meridional”) y las figuras que hegemonizan la misma partida tehuelche (“septentrionales”). Los “tehuelches septentrionales” o “Gününa Küne” de Casamiquela o Harrington son aquellos que Musters identifica como “pampas”.

(Vezub, 2006, 2009; Vezub & De Oto, 2011), Rodríguez (2010), Bascopé (2012), y últimamente San Martín (2013). Estas contribuciones exploran varios aspectos desde perspectivas diferentes, que van desde el cuestionamiento clasificatorio, los problemas representacionales y de los imaginarios actuales, hasta los esfuerzos por historiar más sistemáticamente el esquivo objeto de estudio “tehuélche” sobre el que faltan, indudablemente, nuevos esfuerzos de síntesis. Se destacan las tesis doctorales de Rodríguez (2010, p. 90-98), que enfocada en las experiencias de autoafirmación de la identidad tehuélche incluye un análisis de la política de Casimiro a través de las observaciones de Musters, y la de Bascopé, que centrada en la historia de la colonización de Tierra del Fuego y Magallanes abre perspectivas radicales para el estudio de la historia regional en contextos globales que tienen por centro a los propios tehuélches. Ambos trabajos constituyen antecedentes directos de este artículo, y estimulan volver sobre fuentes como la crónica de Musters con preguntas renovadas.

De regreso al consenso de la década de 1940, tanto Harrington como Escalada coincidieron que la “mezcla de sangre es completa” y que prácticamente desde mediados del siglo XIX “[...] no ha de encontrarse indio alguno de estirpe pura” (Escalada, 1949, p. 317-318). Aún así, históricamente, los “tehuélches” fueron presentados en la literatura especializada con el mayor grado de individuación, menor proliferación y superposición de rótulos, más certeza y homogeneidad que otros colectivos étnicos de la región pampeano-patagónica. Esta aparente estabilidad en la identificación externa, probablemente además en la definición de la identidad propia, es un aspecto a interrogar con la metodología propuesta para este trabajo. Y esta capacidad de reconocimiento se ratifica si se revisan las perspectivas de los observadores directos. Entre ellos el primer gobernador de la Patagonia Álvaro Barros, quien le propuso al ministro de Guerra y Marina Julio A. Roca en su informe del 1 de enero de 1879 cuál sería la política más efectiva para prolongar la expansión

territorial hacia el sur. Barros recomendaba reunir

[...] en dos grandes fracciones todos los grupos del Oeste, de acuerdo en ello con los vínculos ó relaciones que cada grupo independiente tiene con el uno o con el otro de los dos caciques principales que se disputan la influencia, Shayuequé y Reuque Curá. Los tehuélches del Sud los consideraré separadamente (destacado es mío)⁵.

Barros subraya la singularidad y excepcionalidad de los tehuélches sureños, que convencionalmente podría considerar aquí como “propiamente dichos”, distinguiéndolos de sus pares tehuélches del norte, los “Pampas” o “Quirquinchos” según la denominación que Barros recogió de Francisco P. Moreno (Moreno E., 1979). Barros agrega en su informe:

Se sorprenderá V.E. del reducido número en que figuran los Tehuelches del Sud. Estos como los Pampas, hoy Quirquinchos, que han disminuido rápidamente bajo la prepotencia de los Araucanos; pero su aniquilamiento se ha precipitado en estos últimos años; haciéndose una guerra de exterminio los Tehuelches del Sud divididos en dos bandos; y contra uno y otro bando indistintamente, haciendo la misma guerra los Quirquinchos. Hoy mismo donde se encuentran dos indios, pertenecientes a distintos grupos, hay un muerto infaliblemente.

Retomaré más adelante los distintos problemas que abre la cita de Barros. Ahora interesa destacar dos aspectos, el primero es que el pacifismo tehuélche hace crisis al contrastar estos datos y los de Musters, que muestran características solo en apariencia contradictorias, como ser la hospitalidad y afabilidad con los huéspedes y las lógicas centrífugas de la “guerra primitiva”⁶, las matanzas entre cónyuges y parientes, los enfrentamientos al interior de las pequeñas partidas. El segundo aspecto a destacar de la cita es que para Barros, al igual que para otros contemporáneos bien informados, los tehuélches eran fácilmente identificables desde el punto de vista socio-territorial por encima de las

⁵ Informe del gobernador de la Patagonia Álvaro Barros al ministro de Guerra y Marina Julio A. Roca, 1 de enero de 1879 (Museo Histórico Regional “Emma Nozzi” de Carmen de Patagones, legajo Isaías Crespo, sobre N° 5 doc. N° 4448).

⁶ Clastres (1981, p. 213-215) caracterizó la “guerra primitiva”

como la institución que garantiza la indivisión interna de la comunidad, impulsora hacia el exterior de las fuerzas centrífugas que dificultan la conformación del Estado. Lejos de ser un síntoma de irracionalidad, Clastres la entiende como una estrategia para evitar la consumación del poder.

premisas ideológicas o los intereses y necesidades que motivaran las caracterizaciones. También, que las claves para conocer la historia y el presente de los tehuelches eran principalmente de índole política y contingente, basadas en actores singulares, por encima de los mapas y generalizaciones que fijarán las etnologías del siglo XX. Aparece aquí uno de los tópicos frágiles del paradigma de las “identidades impuestas” tal como lo concibió Nacuzzi (1998), quien identifica mecánicamente y sin solución de continuidad las percepciones de los colonizadores, expedicionarios y viajeros de los siglos XVIII y XIX con las simplificaciones posteriores de los antropólogos del XX. Aunque estos hayan tomado a aquellos como fuentes legitimadoras de sus generalizaciones, las crónicas de Cox (1863), Claraz (1988) [1865-1866] e incluso Moreno (1876) muestran que Musters no fue el único observador sensible a los acontecimientos en que participaba.

Entre los estudios actuales, aunque no se hayan ocupado de la “cuestión tehuelche” directamente, Villar y Jiménez bordean elegantemente el problema de las clasificaciones:

[...] en la década de 1820, los indígenas genérica y ambiguamente llamados Tehuelche en las fuentes documentales perdieron su control sobre Choele-Choel y el curso medio y bajo del Río Negro a manos de “indios chilenos” apoyados por operadores de armas de fuego, que los diezmaron (2003, p. 142, destacado mío).

Vale decir, Villar y Jiménez advierten la imprecisión característica de algunas fuentes y la temprana nacionalización de las distinciones étnicas, pero parecen subestimar la operatividad que las identificaciones tendrían para los propios actores, indígenas e hispano-criollos, sin ahondar en qué medida esas fuentes pueden combinarse con otras

que reduzcan los márgenes de generalidad, en este caso, sobre los conflictos por el control del río Negro durante las primeras décadas del siglo XIX. Esos enfrentamientos ocupaban un lugar destacado en la memoria de los compañeros de Musters, tal como se los contaron cincuenta años después de los acontecimientos, mostrándole incluso el paraje de una de las antiguas batallas:

Los indios llaman Senguel a ese lugar, que fue la escena de un gran combate entre los tehuelches y araucanos hace muchos años, y todavía blanquean en el llano vestigios de él en forma de huesos y calaveras (Musters, 1964, p. 155).

Ya se mencionó que el gobernador Barros fue bastante preciso en sus observaciones como operador, lo mismo que Musters, informado como estaba que “*Las relaciones entre los tehuelches o tsonecas de la Patagonia y los indios araucanos de Las Manzanas no habían tenido antes, de ninguna manera, un carácter pacífico*” (Musters, 1964, p. 184). Que los tehuelches eran vistos como grupo individualizable lo reflejan los tratados que el gobierno argentino suscribió en 1865 y 1866 con los caciques, entre ellos Casimiro, en representación de una entidad colectiva definida como “Pueblo de los Teguelches” o “Chegüelchos”, tratados que tenían por objeto la formación de una “Colonia Tegüelcha en el Puerto San Gregorio”, etc.⁷

Veamos ahora los mapas de Casamiquela (1990) sobre la “Evolución del poblamiento indígena en tiempos hispánicos (siglos XVIII y XIX)”, una de las versiones cartográficas más claras del paradigma culturalista y difusionista al influjo de criterios nacionalistas (Fig. 1).

Conforme a la legislación toda publicación nacional de cartografía argentina debía contar con el visto del Instituto Geográfico Militar⁸, lo que generó

⁷ Ver los tratados con los caciques Francés o Francisco y Casimiro Biguá, suscriptos en Buenos Aires en julio de 1865 y julio de 1866 respectivamente. Ambos documentos están transcritos en Levaggi (2000, p. 350-357).

⁸ Desde 2009 pasó a depender directamente del Poder Ejecutivo con la nueva denominación de Instituto Geográfico Nacional (IGN) según el decreto presidencial 554/2009, aunque el criterio nacionalista e incluso militarista con el cual se supervisan los mapas no ha variado, incluso se ha

mantenido la ley 22.963 de 1998 que establece en su artículo 1° que “La representación del Territorio Continental, Insular y Antártico de la República Argentina, editada en el país en forma literaria o gráfica con cualquier formato y finalidad, así como la proveniente del extranjero destinada a ser distribuida en el país, deberá ajustarse estrictamente a la cartografía oficial establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del Instituto Geográfico Militar”. Al respecto, véase la página oficial del IGN, <http://www.ign.gov.ar>

por completar el mapa “allende los Andes” con excepción de los procesos de “tehuélchización” y “araucanización”, etc. Se presenta el cambio social como fruto de presiones étnicas, y esto se mezcla con curiosidades como la desaparición de los tehuelches en la región magallánica de lo que será Chile en el siglo XIX. Complementariamente, la “tehuélchización” se extiende a los lagos Viedma y Argentino, anticipando la incorporación de esta región al territorio nacional que recién se dará a partir de 1880, período posterior al que supuestamente ilustra el segundo de los mapas. Se concluye de ello que la sincronía y la diacronía entre la evolución etnológica y los procesos de configuración de los estados nacionales están completamente desajustadas en estas representaciones cartográficas.

Algunos de los procesos que se generalizan a través de estos mapas, como ser la “hegemonización de los tehuelches meridionales australes sobre los boreales”, no mostrarían otra cosa que cambios más o menos acotados en la territorialidad y el relacionamiento de los grupos, o bien ajustes en los liderazgos en el corto plazo, antes que confrontaciones étnicas en la larga duración, o transformaciones étnicas con algún sustrato cultural propio.

En síntesis, la falta de actores con nombre propio -salvo Calfucurá- se combina en los mapas de Casamiquela con la ausencia de toda referencia a los enclaves hispano-criollos (Fuerte Bulnes o Punta Arenas, Carmen de Patagones y la colonia galesa del Chubut) que tuvieron una participación influyente en la evolución del poblamiento patagónico, justamente en “tiempos hispánicos” como los que se aduce representar. Tampoco se desprenden preguntas en esta gráfica sobre los asentamientos estables de población indígena como Las Manzanas del sur del Neuquén, que oficiaban como foco atractivo para los caravaneros tehuelches anteriores y contemporáneos a Casimiro. Precisamente, la clase de hinterland colonial que Boccara (2005) definió como “verdaderos laboratorios de las hibridaciones interindígenas y componente esencial en la estructuración de los nuevos espacios macrorregionales”. Prima en cambio la fijación de espacios sociales estancos por sobre la dinámica contingente de los itinerarios. O bien, un dominio de lo étnico sobre la política,

la economía y el colonialismo como factores de transformación de los territorios.

Las objeciones que se hicieron a estos planteamientos durante los años noventa no perturbaron radicalmente el panorama culturalista y difusionista que alimentaba estos mapas. Incluso intervenciones sustanciales como las de Boccara (2000, 2003) se simplificaron al proyectarse sobre el caso patagónico, asumiendo la fórmula de las “identidades impuestas” de Nacuzzi, sin advertir que esta versión argentina incorporaba sin mayor procesamiento la discusión más profunda con el esencialismo antropológico que afrontó la academia francesa durante dicha década. Precisemos entonces la crítica. A propósito de Eugenio Alcamán, Boccara escribió que este último autor

Induce su investigación hacia un micro-análisis que privilegia la reconstrucción de las redes de alianzas egocentradas por sobre los grandes rótulos que tienden a postular la existencia de macro-unidades étnicas (tehuélche, puelche, poya, pehuenche, pampa, picunche, etc.) que quizá nunca hayan existido (Boccara, 2000, p. 29, destacado mío).

Boccara acierta con la necesidad de estudiar el tejido de redes ego-centradas, que es lo que se ensaya aquí a propósito de Casimiro y sus compañeros mediante el ARS y la cartografía. Mi diferencia es con la segunda parte de su sentencia, vale decir con la conjetura sobre la existencia o inexistencia de las identidades étnicas. Al plantear el problema en términos ontológicos se pasa por alto el modo en que las construcciones y los artefactos ideológicos intervienen en el modelaje social, y cuál era el rol activo de aquellos que eran identificados de una u otra manera. Como lo planteé con anterioridad (Vezub, 2009), las “macro-identidades” que consagraron las narrativas etnológicas de la primera mitad del siglo XX tuvieron en realidad una escala bastante “micro”. Esto se refuerza en el caso puntual por el historial de crisis demográficas, pestes y guerras *entre y con* tehuelches que acontecieron a partir del siglo XVIII, precisamente en las interacciones y conflictos que fueron el crisol para esta manifestación de la

identidad pan-patagónica.

Entonces, se han confundido agrupamientos demográficamente acotados, pero que ejercían una territorialidad extensa y discontinua, con la imposición colonial de grandes pueblos ficticios. Para superar este déficit, propongo estudiar con herramientas nuevas la dinámica histórica que posibilitó el eslabonamiento de pequeños espacios sociales y redes ego-centradas en los extensos espacios territoriales de la Patagonia. Comparto como premisa la prevalencia de las “cadenas de sociedades” e “identidades interdigitadas” sobre el “paisaje cultural hecho de segmentos” que caracteriza Boccara (2003, p. 89). Si el paradigma de las “identidades impuestas” ha trazado una relación demasiado lineal entre la escritura de los viajeros exploradores del siglo XIX y el uso que le dieron las etnologías posteriores, se trata ahora de leer las viejas crónicas liberándolas de los filtros histórico-culturalistas, desatando la potencia de sus enunciados.

LOS HITOS DEL VIAJE Y LA EVOLUCIÓN DE LAS ALIANZAS CONFORME AL ARS

No se ha comprobado que Musters fuera un informante de la corona, pero tanto los temas que fueron objeto de su observación como las conferencias que brindó al regresar en las principales sociedades científicas permiten conjeturar que sí (Musters, 1870-1871 y 1872). Más allá del rol de agente encubierto que pudiera cumplir, los datos y los análisis suministrados serán especialmente aprovechados quince años más tarde por los capitalistas británicos que obtuvieron concesiones para la colonización de tierras. En el ínterin, Musters daría explicaciones banales sobre las motivaciones para penetrar el interior del país patagónico, como propias de un explorador *free lance*, que estimulado por las lecturas de Darwin y Fitz Roy buscaba cruzar el territorio de sur a norte agregándose a alguna de las “*partidas errantes de*

los indígenas” (1964, p. 47), luego de desembarcar en Punta Arenas procedente desde Port Stanley, en las islas Malvinas⁹.

Lo cierto es que según los cálculos de Rey Balmaceda (1964, p. 34) este oficial de la marina británica, autor de *At home with the Patagonians*, recorrió 2.750 km desde Punta Arenas a Carmen de Patagones entre 1869 y 1870. Como ya lo propuse, leeré esta caravana desde el estrecho como una secuencia de enfrentamientos, alianzas, malones y parlamentos que delimitan los significados de pertenencia históricos que se atribuían a los tehuelches en aquel contexto. Itinerario que coincidía con la dinámica de agregación poblacional en primavera y verano para afrontar la temporada de cacería que se daba durante los meses de la parición de guanacos. Bajo esta premisa se organizó la partida durante el mes de agosto en el “*Frequent Winter Quarters of Tehuelches*” sobre el río Chico (referencia 3 del mapa de la Fig. 2), pero también conforme a otra preocupación principal, la gestión de la política y el comercio en la larga ruta que unía provisoriamente el enclave chileno magallánico con el argentino de la desembocadura del río Negro, “*haciendo camino al andar*” como reza la sentencia poética, proponiendo una perspectiva dinámica en reemplazo de la estática predominante en las cartografías etnológicas como la que ya se mostró de Casamiquela.

Según estas modalidades de viaje, impuestas por sus compañeros, Musters se integra a una partida que estaba conformada por familiares y allegados, además de prófugos del presidio de Punta Arenas que habían sido capturados y reducidos a servidumbre por los jefes tehuelches. Todos estos sujetos heterogéneos se suman voluntaria o compulsivamente, después de dirimir enfrentamientos, a medida que el grupo inicial evoluciona en el ciclo viajero de aproximadamente dos años, y que se repetía desde la fundación española de Carmen de Patagones en 1779 con

⁹ Musters se comporta con sus lectores tal como lo había hecho con sus interlocutores, suministrando información a medias sobre las motivaciones del viaje. Así, cuenta que al conocer a Quintuhual, “[...] al principio me trató con gran desconfianza, y cuando en respuesta a sus averiguaciones sobre lo que era yo y por qué estaba allí, supo que me encontraba al servicio del cacique de Inglaterra, que

quería bien a los indios, pero que estaba visitando esos lugares por gusto solamente, dijo que no era un muchacho para que lo engañara así nomás; pero como hiciera luego una pesquisa privada al respecto, en seguida cambió de tono, se mostró lo más cortés conmigo y no se cansaba nunca de hacerme preguntas sobre Inglaterra y los ingleses” (1964, p. 273).

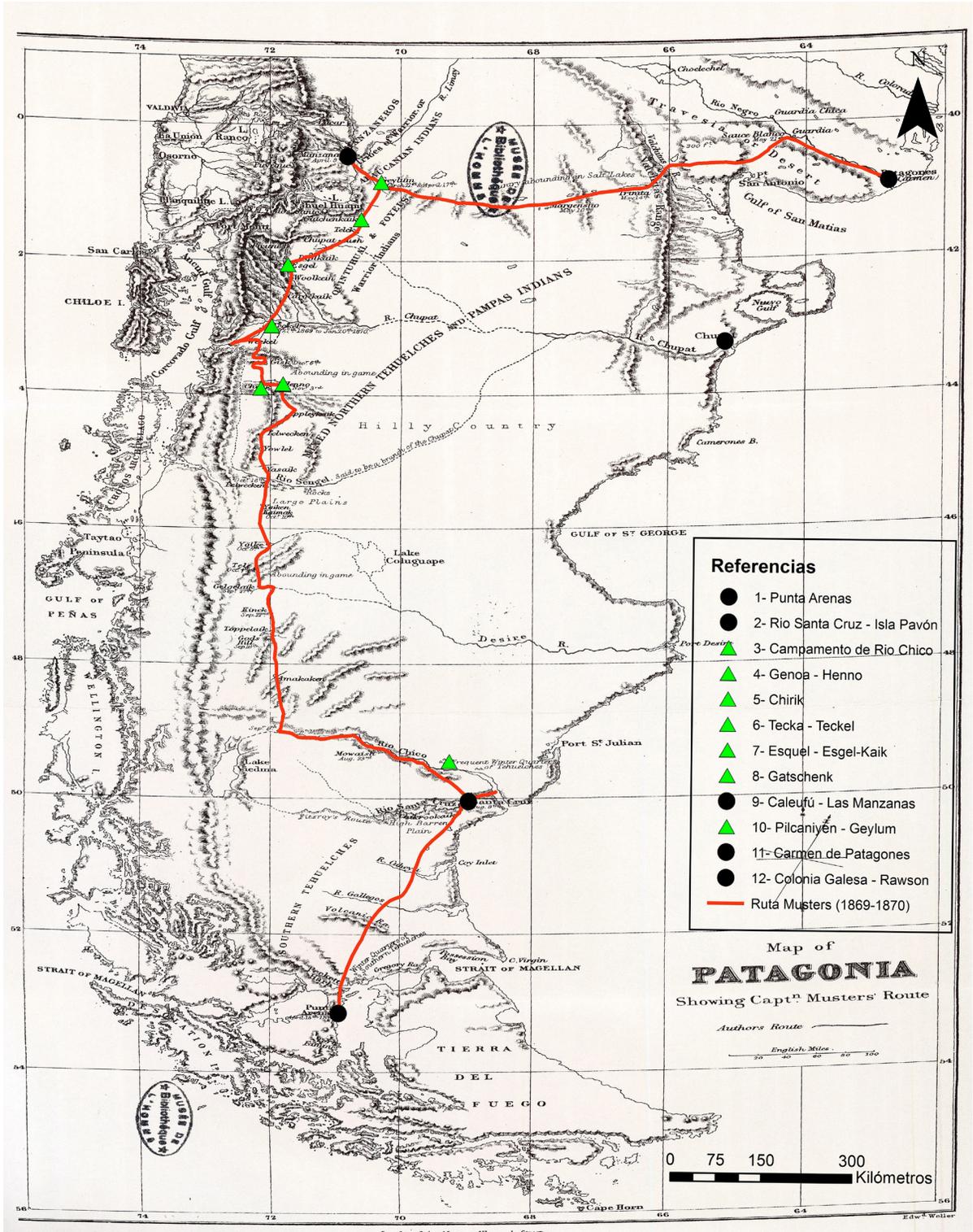


Fig. 2. "Map of Patagonia Showing Capt. Musters' Route". Conversión a imagen Raster con Quantum Gis 2.2.0. Elaboración: Lic. Santiago Peralta González.

la política de los agasajos, reforzada durante los tiempos de Juan Manuel de Rosas con el objetivo de recibir raciones de ganado, alcohol, yerba, tabaco, galleta, vestimenta y uniformes que los gobiernos bonaerenses y argentinos les entregaban periódica o mejor dicho irregularmente a los contingentes indígenas que visitaban el enclave del río Negro.

Musters también presenta información etnológica, y no en vano, la antropología patagónica lo consideró durante más de un siglo como uno de los principales antecedentes. Como ha señalado Rodríguez (2010, p. 94), Musters tiene conciencia de “[...] *las grietas y limitaciones de su sistema clasificatorio*”, “[...] *exponiendo la inadecuación de taxonomías que intentan aislar entidades ‘puras’*”. Con estas salvedades, se observan en el mapa una serie de rótulos étnicos que están impresos sobre la representación del territorio, y la territorialidad de las etnias, para registrar las diferentes identidades regionales. De sur a norte, la carta indica el señoreo de los “*Southern Tehuelches*”, los “*Mixed Northern Tehuelches and Pampas Indians*”, entreverados con los “*Quintuhual & Foyel’s Warriors Indians*”, los “*Manzaneros*” y las “*Tribes of Warriors or Araucanian Warriors*”. Estas denominaciones no se circunscriben con manchones ni esferoides cerrados, como se ve en los mapas característicamente etnológicos que subestiman el papel de los contactos en la construcción de las identidades¹⁰. Un detalle a notar entre los rótulos de territorialidad que Musters marca en el mapa es que la de Quintuhual y Foyel es la más incierta de todas desde el punto de vista étnico, los denomina “Indios Guerreros” refiriéndose alternativamente a ellos como “araucanos”, “manzanares” e incluso “Chenna”, nuevamente “Guerreros” en lengua tehuelche. Mucho se puede conjeturar sobre esta convivencia de criterios en un mismo texto y en el mapa que lo ilustra, pero una conclusión primaria que no desentonaría con los dichos de Harrington y Escalada sobre lo avanzado del mestizaje para la época es que todas estas identificaciones les cabían a estas personas a la vez, y que los criterios de agrupamiento eran crecientemente

políticos a mediados del siglo XIX.

A la irrupción de los nombres propios de los jefes guerreros Musters adiciona el criterio de la “ruta”, la rastrillada, la traza o la huella, que se destaca desde el título que le dio al mapa en la edición de 1873. Para el ARS que aquí se plantea, los jefes y sus familiares son los nodos que se relacionan entre sí a lo largo del camino donde “los puntos de agua, de vivienda, de asamblea”, al decir de Deleuze y Guattari (1988, p. 384), se subordinan al trayecto en la medida en que cada punto “[...] sólo existe para ser abandonado, y todo punto es una etapa y sólo existe como tal”. Por ello, cada “hito” de la caravana que se describe no se resuelve en una localización única, sino en los segmentos del “trayecto”. De aquí el sentido tan políticamente deleuziano que el término “paraje” adquiere en el lenguaje patagónico cotidiano.

Como cómputo demográfico y visión de la configuración sociopolítica de las jefaturas y las distinciones étnicas, Musters detalla que:

Hecha abstracción de estos indios (pampas y araucanos), el número de tehuelches puros, tanto del norte como del sur, no excede de 1.500 hombres, mujeres y niños, según el total de guerreros válidos determinado en la época en que la unión de todas las partidas, concertada con fines políticos durante mi viaje, me dio una oportunidad para computarla con exactitud. Fuera de las dos grandes divisiones, septentrionales y meridionales, las subdivisiones en tribus que se dan a menudo son imaginarias, o tienen su origen en los nombres de los jefes temporarios. Tampoco es muy apropiado el término clan para designar las partidas nómadas, compuestas de elementos reunidos por la costumbre y a veces por la casualidad (1964, p. 258, destacado mío).

Musters realizó estas observaciones cuando pudo contar dicho número de personas en un momento avanzado de la agregación de fuerzas durante el viaje, probablemente la casi totalidad de la población tehuelche políticamente organizada. Mediante los destacados subrayados quise resaltar la importancia de los nombres propios en la identificación

¹⁰ Otro caso arquetípico de “mapa etnológico” renuente a considerar la alteridad y el contacto como premisas para

representar territorialmente los grupos étnicos se encuentra en Fernández (1998, p. 37).

de las diferentes partidas que no estaría sujeta al clan ni al linaje, en un proceso diferente al que se ve en las prácticas de recordación familiar como las del líder manzanero Saygüequé, siendo la dinámica política antes que la “etnia” lo que cohesiona o fragmenta a cada grupo. Se nota una apreciación de la condición contingente, temporal e incluso “imaginaria” de la representación de las alianzas donde conforme a sus constataciones Musters concluye que “[...] estos indios no rinden vasallaje en ninguna forma a ningún cacique, como Callfucurá o cualquier otro, aunque pueden convenir en obedecer a un jefe, a Casimiro por ejemplo; tampoco están unidos entre sí políticamente como los pampas o araucanos, sino por medio del matrimonio o la asociación voluntaria” (1964, p. 258).

Metodológicamente, el paso siguiente es procesar las explicaciones de Musters acerca de una dinámica social que estaba al influjo del *habitus*, pero que también estaba sujeta a los comportamientos aleatorios y la casualidad. Para ello mostraré grafos que facilitan la comprensión de las redes, la distinción de subgrupos y clusters, la medición de distancias entre los actores y sus grados de intermediación o centralidad. Este intento de reconstruir una historia en escala 1:1 quizás parezca desmesurado, pero se ve favorecido por el universo relativamente circunscripto que ofrece la crónica de Musters, donde se apunta y caracteriza a prácticamente todos los actores políticamente relevantes del espacio tehuelche de 1870 en el marco de una demografía acotada a 3.000 individuos.

Este análisis está concentrado en los hitos claves del itinerario para la evolución de las alianzas y los enfrentamientos. Para ello se presentan grafos como si fueran radiografías de dos coyunturas críticas en las que se resolvieron enfrentamientos y acuerdos. La primera corresponde al tramo entre el río Santa Cruz y el campamento cercano de los tehuelches sobre el río Chico (referencias 2 y 3 de sur a norte en el mapa de la Fig. 2). En ese segmento se concentraron las

fuerzas que dieron inicio a la caravana. El segundo conjunto de hitos para la agregación de fuerzas transcurrió en la porción oeste de las actuales provincias de Chubut y Río Negro, entre los parajes de Genoa, Tecka y Geylum (referencias 4, 6 y 10 del mapa de la Fig. 2). Fue en ese trayecto donde se configuró la alianza de jefes que ingresó inmediatamente después a parlamentar en el País de Las Manzanas del Neuquén.

He volcado a la base de datos -de la cual cada grafo es una proyección selectiva- toda la información que proporciona Musters sobre los integrantes de la partida original, seguramente incompleta pero bastante minuciosa, y que permite identificar a prácticamente todos los actores principales, hombres y mujeres, que se reunieron en 1869 para organizar el viaje en el destacamento y factoría lobera de Luis Piedra Buena en la isla Pavón del río Santa Cruz¹¹.

Sobre la composición del contingente inicial que partió del campamento de invierno sobre el río Chico, Musters (1964, p. 124) comenta que:

Los diversos destacamentos estaban todos reunidos entonces, y la partida representaba en total, aparte de los chilenos y de mí, dieciocho fornidos tehuelches o patagones, con un número proporcionado de mujeres y criaturas. Los más importantes eran Orkeke, el cacique actual, y su hermano Tankelow, que poseía el número de caballos más considerable; Casimiro, cuyo gobierno era todavía una posibilidad, Camilo, Crime, Cuastro, Cayuke, etc. Hay que citar el nombre de uno más: Waki, perfecto hércules por sus formas, sujeto enteramente bondadoso, con quien nos hicimos grandes amigos. De todos estos hombres que estaban en el campamento de río Chico el 15 de agosto, sólo ocho sobrevivirían al llegar al río Negro [...] Las disensiones secretas que antes de mucho iban a poner en peligro la seguridad de todos nosotros estaban ocultas

¹¹ Luis Piedra Buena fue un marino oriundo de Carmen de Patagones, que al servicio del gobierno argentino, y en virtud de una concesión otorgada por éste, instaló en 1866 una colonia o factoría lobera en la isla Pavón, próxima a la desembocadura del río Santa Cruz. Desde allí realizó emprendimientos y exploraciones que combinaban asuntos

públicos y privados por el Atlántico sur, el litoral patagónico y las islas Malvinas, siendo el comercio y la diplomacia con los tehuelches una de las actividades principales que desarrolló desde la factoría, además de las tareas de navegación, rescate y reparación de embarcaciones (Entraigas, 2000).

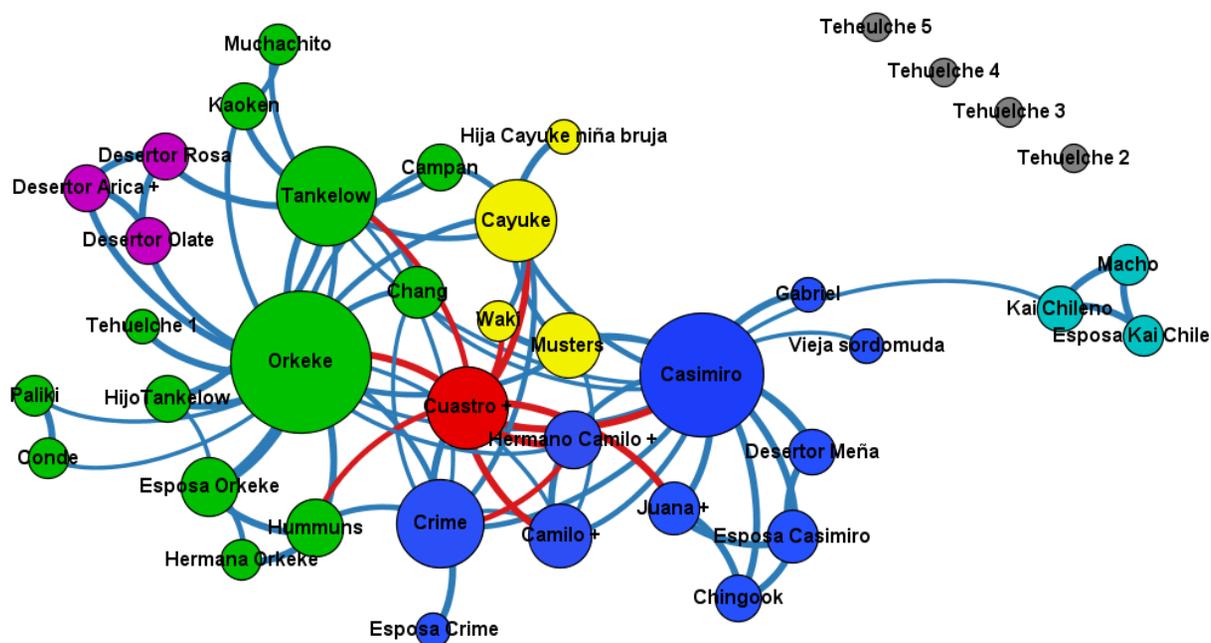


Fig. 3. Actores y relaciones de la caravana encabezada por Casimiro y Orkeke al partir del río Chico.
Grafo elaborado con Gephi 0.8.2 Beta.

todavía, y todos parecían ser buenos amigos. En su totalidad se alojaban en cinco toldos (1964, p. 124, destacado mío).

Son varias las observaciones que surgen del extracto y el grafo resultante del análisis de los datos. Orkeke y su hermano Tankelow son los propietarios de la mayor cantidad de caballos y por ello los hombres más ricos, al menos coyunturalmente. La situación económica de Casimiro es más modesta, pero debe sus expectativas políticas a la proliferación de lazos de parentesco y alianza, a su prestigio y habilidad diplomática, centrales para la “*historia internacional de Casimiro*”, si se la piensa como una biografía política que transgrede límites nacionales, chilenos y argentinos, para situar al personaje en un haz de relaciones que incluye actores europeos, principalmente británicos y falklanders, o malvineros (Bascopé, 2012). El tema de la diplomacia de Casimiro fue motivo de malestar para las autoridades argentinas y chilenas por su ambigüedad al trabar relaciones, rubricar tratados, recibir agasajos, grados militares, uniformes, banderas y salarios de ambos países. Cada tradición historiográfica lo trató de “mañoso”

(Hux, 1991, p. 213) o “voluble”, aunque Martinic, autor del segundo calificativo, da una explicación más atenta a las propias determinaciones de los actores al afirmar que “[...] a los aónikenk nada les importaba uno u otro país. Ellos no tenían otra patria que ese áspero solar estepario que habían heredado de sus antepasados y al que amaban con pasión”. Martinic aporta además un diagnóstico certero de la circunstancia en que Musters se asocia a la caravana, planteando que éste “[...] encontraría a Casimiro con escasa o ninguna autoridad, aunque disfrutando todavía de cierta fama ultraterritorial” (Martinic, 1995, p. 123-129), prestigio este que estaba basado en los tratados suscritos durante los años anteriores que le daban base a su vez a sus nuevas aspiraciones.

Vemos de nuevo la exterioridad soberana de los principios políticos y las estrategias autónomas de Casimiro, situado en el vórtice de las ofertas y posibilidades que le abrían sus contactos con los enclaves nacionales de Punta Arenas, isla Pavón, Carmen de Patagones, la recientemente fundada colonia galesa, los experimentos misionales británicos y, por supuesto, las vastas redes indígenas pan-patagónicas en las que estaba

inserto¹². En este sentido, la relevancia de Musters como secretario político es un indicador tanto de la capacidad de captación como de la heterodoxia de Casimiro.

El grafo de la Fig. 3 representa la red de actores y relaciones al momento de la partida de la caravana desde el cuartel invernal del río Chico, a mediados de agosto de 1869. No se trata de una ilustración ni de una recreación a partir de ideas previas sobre la morfología de la caravana, sino el resultado de procesar cuantitativamente los datos. Por ejemplo, ponderando el peso de cada relación o la capacidad de intermediación de los actores, distribuyéndolos espacialmente y coloreándolos según la intensidad de los lazos.

Cuatro de los individuos anónimos que Musters identifica como “tehuelches” aparecen desconectados en un extremo de la red, ya que la crónica no informa sobre las relaciones que pudieran tener entre sí ni con el resto (grises). Se distinguen dos conjuntos mayores de familiares y agregados encabezados por Orkeke y su hermano Tankelow (verdes), y por Casimiro (azules). Los primeros tienen esclavizados a tres desertores del presidio de Punta Arenas (violetas), Orkeke es hasta ese entonces el jefe, y Casimiro cuenta en sus toldos con varios habitantes asociados, la familia de “Kai Chileno” (celeste), la “vieja sordomuda” y el desertor Meña, que dada su buena conducta y habilidades se le confían funciones de secretario. Musters y los dos hombres que él considera como sus mejores amigos, Waki y Cayuke, están identificados con el mismo color amarillo que él y la hija “bruja” del segundo de estos caciques. El trío ayuda a mejorar las relaciones entre Orkeke y Casimiro, influyendo positivamente en el equilibrio interno de las fuerzas tehuelches.

Se nota cierta dinámica autónoma entre el viajero inglés y estos dos personajes que son positivamente valorados en el relato, aspecto este

que ponderaré cuantitativamente al cargar estos datos en la base, al igual que al caracterizar las relaciones del resto de los actores. Por ello el grosor de las aristas vinculantes es una función variable de la importancia de cada relación (Ejemplo, las aristas que conectan esposos y esposas o padres e hijos son más gruesas que las que unen a cuñados o allegados). El tamaño de cada nodo depende de la cantidad y el peso de los lazos de cada actor, mientras que las relaciones o aristas están representadas con líneas curvas en el sentido de las agujas del reloj, o contra-reloj, según la dirección de cada asociación, aunque en este análisis se trata principalmente de relaciones no dirigidas entre los actores.

Los vínculos conflictivos o negativos están representados por aristas rojas. Y los positivos o indicativos de subordinación están trazados de celeste. Cuastro, el único actor “rojo”, concentra la casi totalidad de las enemistades: mata a Juana la hija de Casimiro y a Camilo. Él mismo es lanceado por Cayuke en la batalla cuerpo a cuerpo entre los “meridionales” que encabezaba y los “septentrionales” del río Santa Cruz de Casimiro y Orkeke. Incluso después que los dos grupos pacten la tregua será asesinado el hermano de Camilo como secuela del ciclo vengativo. Una cuestión que no se advierte fácilmente si se sigue la literalidad de la crónica, es la dinámica interpersonal que tuvieron estos conflictos, que no se explican con un criterio étnico ni tampoco con la lógica supuestamente estructural del parentesco. Ello resulta razonable en contingentes tan chicos que a su vez son la resultante de agregaciones estacionales o políticamente coyunturales, que en este caso se resolvieron inmediatamente después de la batalla mediante una “*gran consulta*” donde “[...] se decidió que se olvidaran todas las disputas y que saliéramos en seguida a reunirnos con los otros indios” (Musters, 1964, p. 159). De esta manera,

¹² Rodríguez (2010, p. 96-97) destaca que Musters atribuía razones instrumentales a los “móviles de Casimiro”, “[...] cuyas estrategias involucraban indígenas y funcionarios estatales chilenos y argentinos”, además del intento por “[...] consolidar su propio poder y redes de influencia construidas mediante vínculos matrimoniales con otros caciques (seis en total), entre los que se encontraban Rouke y Calficura”, buscando “[...] la estabilidad del comercio y los beneficios que resultaban de alianzas con el gobierno de Buenos Aires (raciones de ganado y salario),

que habían mejorado a los del gobierno chileno, y con la factoría de lobos de Piedra Buena demostrando siempre ‘el deseo de captarse la amistad de los visitantes ingleses a la Patagonia’”. Rodríguez (2010, p. 97) plantea también que la historiografía nacionalista “[...] ha considerado a Casimiro como un defensor de la soberanía que hacía flamear la bandera cada vez que podía, silenciando así la propia historia indígena, sus estrategias políticas y la capacidad de los caciques para negociar de acuerdo a las conveniencias del contexto”.

los derrotados aceptaron una subordinación que nunca se resolvería del todo bajo el mando de los triunfadores. Debe aclararse que Cuastro es el único actor representado con rojo porque la crónica no proporciona datos sobre la identificación del resto de los “indios meridionales” que lo secundaban. Pero su ubicación en el centro de una red “enemiga” proporciona una imagen similar a la que sí provee el relato del combate en que es aislado, rodeado por los que claman venganza, y ultimado por los crímenes de Camilo y la hija de Casimiro¹³.

Frente al liderazgo de las dos figuras principales, Orkeke y Casimiro, en una coyuntura donde se dirimían las posibilidades de acumulación de poder y prestigio que transformarían a los liderazgos en jefaturas, resuenan las palabras de Cuastro, que al desangrarse exclamó “*muerdo como he vivido, no me manda ningún cacique*”. Se evidencia a través del grito póstumo que lo que estaba en juego eran las resistencias personales a la emergencia de cualquier clase de soberanía entre los caciques, hasta entonces iguales, en un proceso donde las relaciones de poder se distorsionaban por la cercanía y el roce con los estados nacionales.

Otro resultado que emerge recién al combinar la lectura de la crónica con la metodología de ARS, y la elaboración de grafos, es el papel central que tienen determinados actores de tamaño intermedio dentro de la configuración de cada red. Uno de ellos es Crime, cuya responsabilidad en el estallido de los conflictos entre las facciones del sur y del norte del río Santa Cruz es protagónica, pero que también es decisivo para pactar la tregua y lograr los acuerdos mínimos que sustentarán el ascenso de Casimiro. Crime pertenece a los “septentrionales” de la clasificación de Musters, pero es justamente él quien introduce en la caravana a su primo Cuastro y al resto de los “meridionales”, fuente principal de la discordia y la primera masacre vindicatoria. Crime sale malherido sin que Musters de

precisiones sobre cuál de los bandos integrara durante la batalla¹⁴. Sin embargo, una vez que la gente de Cuastro es derrotada y acepta subordinarse, Crime es fundamental para el equilibrio. Musters no describe el alcance de sus redes pero informa que Crime capitaneaba una población numerosa de diez toldos¹⁵, que se maneja con autonomía pese a ser allegado a Casimiro, y que es un actor atrayente para terceros al punto de permitirse abandonar transitoriamente la caravana por la invitación de los “araucanos” o “manzanares” de Quintuhual: “*De acuerdo con esto, Crime, rico entonces en caballos y avíos, porque había recibido muchos regalos, se despidió de nosotros y partió con una imponente cabalgata*” (1964, p. 203).

La alianza entre Orkeke y Casimiro tiene un historial preexistente a su conocimiento con Musters, y está plagada de tensiones, desconfianza y disputa por el liderazgo. En este marco competitivo entre los dos caciques, la mediación del inglés es central para que los acuerdos se mantengan mediante gestos compensatorios que equilibran los celos. Decisiones delicadas como la de mudarse al toldo de Casimiro hicieron peligrar esta intermediación: “*Mi honorable posición de secretario y árbitro general, el primero después del cacique, difícilmente compensaba la comodidad y el orden de la señora de Orkeke y la incomodidad de mi nuevo domicilio*” (1964, p. 267). Pese a estar representado por un nodo de tamaño mediano por carecer de parentela y ser un agregado externo a la caravana, se observa en el grafo que “Musters” oficia como mediador entre varios de los actores principales. El inglés logra esta centralidad porque reúne muchos atributos que le permiten ganar la confianza de la diversidad de actores, como ser su condición de oficial de una potencia imperial, su preparación como combatiente y su capacidad de adaptarse tanto a las modalidades guerreras como

¹³ Con una pequeña cruz junto a cada nombre se señala en el grafo de la Fig. 3 a los que mueren por los enfrentamientos.

¹⁴ “*La reyerta provenía de una venganza entre Cuastro y Camilo; este último había causado la muerte de un miembro de la familia del primero, que en una ocasión había tratado de vengarla en Camilo, y que se había agregado a nuestra partida, en compañía de Crime, sólo para tener la oportunidad de asesinar a Camilo. Se sospechaba, por buenas razones, que ese Cuastro había eliminado a Mendoza, el argentino enviado por*

Buenos Aires con Casimiro [...] y en Santa Cruz bajo la influencia del aguardiente, había asesinado a su mujer Juana, hija Casimiro” (Musters, 1964, p. 139).

¹⁵ Este dato contradice el dato aportado por Musters anteriormente (1964, p. 124) sobre la totalidad de cinco toldos que componían el campamento original de Río Chico. Otras posibilidades a considerar son que haya habido agregaciones posteriores en el camino que no fueron claramente computadas en la crónica, o bien, que Crime haya recibido un sustancial aporte posterior de parientes y allegados, así como recibió caballos y otros regalos.

al terreno patagónico, su coraje y lealtad que fueron probados en distintos incidentes dirimidos cuerpo a cuerpo, la portación de revólveres, la destreza como jinete, el aprendizaje de las artes de cacería, la habilidad diplomática, las recomendaciones de su persona que recibieron los tehuelches al partir de Punta Arenas, el hecho de no ser español (es decir ni argentino ni chileno), la capacidad como secretario, asesor, escribiente y traductor.

Ya en la cuenca del río Chubut (referencias 4 a 7 del mapa de la Fig. 2), Musters cuenta que “Casimiro estaba muy contento porque muchos de los indios del norte eran parientes suyos y se le iba a investir con el mando supremo, en vista de lo cual ya había recibido regalos de caballos, y estaba esperando la consulta del jefe, que, según me aseguró, iba a hacerse con gran pompa” (destacado mío). Por lo visto, el factor político, el prestigio y la inserción en redes parentales más amplias permitirían a Casimiro compensar o incrementar su capital económico mediante la política de los regalos. En lo que hace a la caravana, esta ingresa en el territorio que las etnologías definieron como “gunüna küne”, “pampa” o “tehuelche septentrional”, y que salvando algunas diferencias se consignan en el mapa de Musters. Una vez más, el análisis de las redes resalta que los conflictos al igual que las alianzas son *entre parientes*, y que por lo general las enemistades se producen entre los competidores más cercanos aunque estén relacionados. Hay que considerar una dinámica que Musters observa recurrentemente, que varios de los conflictos domésticos entre familiares y gente allegada se disparan en el contexto de lo que él denomina “bacanal”. Conforme a esto, el consumo agonal de alcohol nunca consigue ser regulado pese a las medidas precautorias que se toman, como esconder las armas durante los festejos e intercambios. A menudo “[...] *la bebida había causado riñas que remataron como pelea general*” (1964, p. 398), activando el ciclo venganzas como contra-dones de sangre.

Veamos ahora una imagen de la morfología de los acuerdos que se producen en el trayecto más próximo al río Limay, cuando la partida de los tehuelches del sur y los tehuelches del norte que ya marcha unida se prepara para ingresar en el corazón del País de Las Manzanas acaudillado por

Valentín Saygüequé:

El grafo muestra la alianza en su punto máximo de agregación que incluye 250 guerreros, algunos de los cuales, y principalmente los jefes, son mencionados por Musters por su nombre o apodo. En cambio, la mayoría de los agrupados permanecen anónimos porque obviamente el cronista no alcanzó a individualizar ni conocerlos a todos. Sobre estos guerreros Musters proporciona estimaciones como el número que revistaba detrás de cada referente, cotejando sus observaciones con la cantidad de toldos de cada campamento. Los datos que aporta Musters parecen fehacientes, porque al llegar a Genoa (referencia 4 del mapa de la Fig. 2) tiene la posibilidad de contar uno por uno a los 200 guerreros que ya se habían sumado hasta ese punto, los que se incrementarán en 50 desde allí hasta el paraje de Tecka (referencia 6):

Visto desde las alturas de Henno (Genoa) el valle se extendía como un cuadro: nuestros pocos toldos formaban un grupo al este, del lado sur de la corriente; como a un cuarto de milla al norte estaban plantados los treinta o cuarenta toldos de los indios septentrionales (Sinchel) y, frente a ellos, del lado norte de la corriente, los de la partida mandada por Jackchan o Juan (20 toldos, 70 u 80 hombres con mujeres y criaturas, dice más adelante. Musters 1964:187, destacado mío).

Según los rótulos étnicos que les atribuye Musters, los líderes visibles de la fracción “tehuelche” eran Casimiro, Orkeke y “El Zurdo”, que se había sumado recién en el campamento de Chirik (referencia 5 del mapa de la Fig. 2). He incluido a Musters como un hombre más de la partida porque así se considera él mismo y quienes lo rodean. El jefe de los “tehuelches del norte” era Chiquichano y el de los “pampas” Sinchel, mientras que los “araucanos” eran conducidos por Quintuhual y Foyel. Musters testimonia que Casimiro fue elegido en ese marco como el jefe de todos los indios del sur del Limay (1964, p. 289). No deja de llamar la atención que quien lidera con Orkeke la fracción más pequeña sea nominado al mando de toda la coalición. Como ya se ha dicho, esto se explica por su carisma, la capacidad

de intermediación diplomática y el parentesco con varios de los grandes hombres de los otros contingentes, incluso con la gente del “araucano” Quintuhual. Además de contar con los favores del secretario inglés, otro elemento importante para la reunión de tantos apoyos es su condición de hombre desprendido que otorga dones: “*El único rasgo bueno de Casimiro era su caridad. Ese hombre estaba siempre dispuesto a dar asilo a cualquier individuo desamparado o inválido, y nunca dejaba de haber en su toldo algún objeto de compasión*” (1964, p. 267). Precisamente son los líderes que consuman la alianza los que cuentan con mayor cantidad y calidad de parientes en los otros contingentes.

Análiticamente, el misterio de la conducción de Casimiro se devela al asociar la morfología social nómada con el rizoma, donde cualquier punto de la estructura puede asociarse con otro (Deleuze y Guattari, 1988, p. 13) aunque no sean correlativos. Este principio se verifica en un sistema heterárquico e interconectado donde los agentes más activos de la comunicación juegan un rol decisivo con independencia de su tamaño relativo (Sloterdijk, 2006, p. 23, 197).

Musters ya había dado un primer resumen de cifras totales, duplicando el cálculo más preciso que ya se citó donde no computa a los “pampas” ni a los “araucanos”: “[...] *hay ahora entre el río Negro y el Estrecho unos 500 combatientes, que dan, calculando a la ligera, una población total de 3.000*” (1964, p. 127). Esta primera apreciación política, militar y demográfica daría por resultado el reducido conjunto de la población patagónica hacia 1870. El anonimato mayoritario de los actores del último grafo no implica que no haya menciones constantes en el texto sobre la cantidad de parientes de los tehuelches sureños que habitan los toldos “pampas” y “araucanos”, o viceversa.

Una vez que los 250 guerreros que sí pudo contar uno a uno ingresan a parlamentar y comerciar con Saygüequé, aunque el estallido de la guerra pendió hasta último momento de un hilo, Musters constata aquello que ratificarán Bejarano (1873) y Moreno (1876) pocos años después, que la Gobernación Indígena de Las Manzanas contaba con otra fuerza militar aproximada de 500 combatientes, resultante de la sumatoria de

los aportes de los distintos jefes subordinados o allegados a Saygüequé, entre ellos su cuñado Ñancucheo que se comportaba como una fuerza autónoma con capacidad de conducción propia. Estas dos grandes confederaciones, la de Casimiro y Saygüequé, acuerdan un punto principal por encima de las desavenencias, los conflictos por la territorialidad y los recursos, y las venganzas pendientes: proteger la plaza argentina de Carmen de Patagones de un posible ataque de los hermanos Calfucura y Reuque, quienes quedaban fuera de todo compromiso en 1869. Se trata en lo fundamental de la construcción de una alianza que a su vez tiende puentes con el Estado en proceso de consolidación, donde Saygüequé tenía ventajas como la subordinación menos trabajosa de la tropa propia, que a su vez estaba territorialmente más concentrada que la que encabezaba Casimiro coyunturalmente. Probablemente, esta oportunidad de acuerdo con el Estado nacional estimuló a unos y otros a dejar de lado los rencores por los enfrentamientos de sus padres y abuelos por la hegemonía de la cuenca del Limay y Negro durante la década de 1820, batallas como la de Senguerr, o Languiñeo en el norte del Chubut.

Como se observa en la Fig. 5, proyección de la red o alianza de jefes que se aprestaban para parlamentar o guerrear en Las Manzanas, llama la atención que Foyel, muy ligado a la historia de la construcción política de Saygüequé, aparezca enemistado con éste al punto que Musters lo define como uno de los más dispuestos entrar a la pelea, y que otros como Chiquichano y El Zurdo se separen de la partida prematuramente para dirigirse a la colonia galesa del Chubut, porque “... *querían mantenerse ajenos a toda lucha con los manzaneros*” (1964, p. 225). Una vez más los más próximos, quienes disputaban la influencia directa sobre la comandancia de Carmen de Patagones, son los que están en situación de riesgo bélico con Saygüequé si se los compara con los caravaneros de Casimiro y Orkeke, que privilegian los negocios como móvil de los 2.000 km recorridos desde el estrecho de Magallanes al País de Las Manzanas a expensas de las masacres y ajustes de cuentas entre ellos para dirimir quién encabezaba la marcha. En este último grafo, el tamaño de los nodos no está medido por la gente que sigue a cada uno de los caciques sino por la intensidad de los vínculos entre

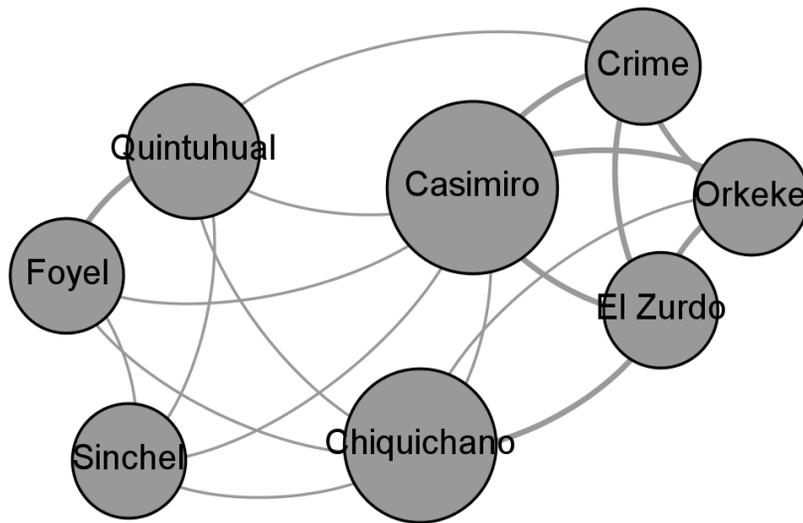


Fig. 5. Alianza entre los jefes del sur del Limay para parlamentar o guerrear con Saygüeqe, 1870.

ellos y el peso político que se puso en juego al elegir la jefatura general de Casimiro.

CONCLUSIONES

Son varios los corolarios de este análisis de redes experimental a partir del universo relativamente acotado de actores y relaciones que ofrece la crónica de Musters. El primero es que no es necesariamente el más rico, ni quien dispone de los contingentes más numerosos de personas y ganados, quien se instituye como jefe. En los términos matemáticos del ARS, ello significa que el “grado” no siempre indica la importancia de cada actor. El segundo es que la dinámica interpersonal emerge como la pauta explicativa de la mayoría de los conflictos. Aunque se tramen en el tiempo y reconozcan antecedentes de larga data que son vividos como relevantes por los actores, ni los enfrentamientos ni los alineamientos parecen seguir en lo fundamental una matriz “étnica”. El ARS y su manifestación bajo la forma de grafos ayudan a entender que todos los actores relevantes están políticamente emparentados, aspecto este que se podría medir en términos del nivel de cohesión de la red. Esta conclusión significa que tanto las alianzas como el comercio y la guerra se daban inevitablemente entre parientes. Dentro de esta dinámica se puede advertir que en el linde de las relaciones políticas con los Estados nacionales

predominan las formas reguladas de la guerra y el perdón, la suspensión de las venganzas y los rencores aunque sea coyunturalmente en pos de otros objetivos como los intercambios, los acuerdos territoriales o la asunción subordinada de las lógicas de Estado. Respecto del fortalecimiento del sistema estatal y la jerarquización paralela de las jefaturas indígenas, lo que está en juego para los tehuelches de 1870 se sintetiza con la sentencia póstuma de Cuastro, aquel miembro de la partida que proclamaba morir como había vivido porque a él no lo mandaba ningún cacique.

Un desarrollo posterior de este experimento debería abordar sistemáticamente la comparación entre los grados de acumulación de las jefaturas mapuches o mapuche-tehuelches como la de Saygüeqe con esta otra forma nómada de la autoridad política, horizontal, insumisa y centrífuga, que representaban Casimiro y Orkeke. Musters aporta muchos elementos para la comparación como ser los marcados contrastes de la riqueza, los usos estacionales del territorio, el costo humano y en recursos que provocaban los grandes desplazamientos, el pulimento de las maneras de una aristocracia de jefes, o el orden de las maniobras de la “caballería araucana” en oposición con la dificultad de sus compañeros tehuelches para mantener formados y en silencio a sus jinetes.

Aquello que las fuentes cercanas a 1870 denominan “tehuelche”, y que la literatura

histórico-antropológica vino a reforzar como rótulo, es ni más ni menos que la identificación del conjunto de fuerzas de base sureña que cristalizaba periódicamente en el contexto de las largas caravanas político-comerciales como la que acompañó Musters. Esta articulación que se repetía en el tiempo estaba respaldada en el historial de conflictos con los referentes y caciques de más al norte, que se remonta a fines del siglo XVIII y del que dan cuenta los distintos ejercicios de recordación que se transmitieron por generaciones hasta mediados del siglo XX.

Del corolario anterior se desprende la caracterización de los “tehuelches” como el grupo más fácilmente circunscripto pese a la movilidad permanente, identificable y distinguible en las distintas clases de testimonios, incluso por encima de las atribuciones genéricas o las identificaciones ambiguas, impuestas y superpuestas que se combinaron o confrontaron durante más de dos siglos de observaciones e interacciones entre europeos, criollos e indígenas patagónicos.

Pese a que la oposición de diacríticos juega un papel en las percepciones grupales de los actores y en el modo en que se relacionan y recuerdan, la “etnia” no parece ser el lazo ni la caracterización más operativa para delimitar las alianzas ni las enemistades, ni para definir el grado de cohesión de las mismas. Si bien hay una apelación constante a los enfrentamientos vividos por las dos o tres generaciones precedentes, el carácter principalmente contingente de las peleas y la definición política de los alineamientos que se ha mostrado al organizar la información con esta metodología de ARS plantea el papel pasivo o mejor dicho latente de las identificaciones étnicas, que quedan listas para ser activadas cuando los actores lo consideran pertinente, generalmente en la oportunidad de enfrentarse con los rivales más cercanos.

En síntesis, tanto en la dimensión macro como en la micro política de la Patagonia del siglo XIX lo étnico funciona como marco para las pautas de alteridad, pero no determina el carácter ni la dirección de las relaciones de los protagonistas históricos desde la base social hasta sus referentes. Mediante el ARS y la lectura intensiva de la crónica de los catorce meses del viaje hemos pasado de los “panoramas etnológicos” y el supuesto de las

“identidades impuestas” a una historia de nombres propios, de hombres, mujeres, niños y niñas. Historia esta que también debería incluir a los animales domésticos, a juzgar por la importancia de Ako, el perrito faldero de la señora y el señor Orkeke a quien Musters, por sugerencia de éste, se vio obligado a pedirle prestado un caballo que le pertenecía para sumarse a la expedición de cacería (1964, p. 146). Conforme al perspectivismo, una versión ajustada de los grafos debería incluir a Ako, junto con los muertos por su latencia política, además de los inefables caballos tehuelches, al punto que Casimiro y los suyos no podían concebir un pasado cuando las tribus viajaban a pie, antes que los españoles introdujeran los equinos en Sudamérica (1964, p. 248).

AGRADECIMIENTOS

Una versión preliminar de este trabajo fue presentada con el título “La cuestión tehuelche y la etnología patagónica revisitados por el análisis de redes sociales” en el Coloquio Internacional *Les sociétés indiennes entre classifications ethnographique et mémoire collective*, 21 al 23 de marzo de 2013. Agradezco a los organismos e instituciones organizadoras, CNRS-CERHIO-équipe CHACAL, Université Rennes 2, Institut des Amériques e Institut français d'études andines por la facilitación y financiación de mi participación en el encuentro, junto con la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de la Argentina que mediante el PICT 2011-1457 contribuyó al costeo del viaje y la investigación. El Ministerio Español de Ciencia e Innovación también colaboró con fondos para realizar el Sistema de Información Geográfica que sustenta este artículo a través del Proyecto “Experimentación y desarrollo de técnicas avanzadas de inteligencia artificial para la simulación computacional de la dinámica social y la evolución histórica” (HAR2009-12258, 2010-2012), radicado en la Universidad Autónoma de Barcelona y cuyo investigador responsable es Juan Antonio Barceló. Quiero agradecer muy especialmente a este colega y a Víctor Hugo Mazzalay por introducirme en la metodología del análisis de redes, a Santiago Peralta González por su ayuda con la cartografía, y a Rodrigo René Cura por lo propio con el software orientado a

la producción de grafos. Además de Christophe Giudicelli, con quien todavía no se me ocurre cómo saldar mi deuda.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros, A. (1879). Informe del gobernador de la Patagonia al ministro de Guerra y Marina Julio A. Roca, 1 de enero de 1879. Documento inédito, Museo Histórico Regional "Emma Nozzi", Carmen de Patagones, legajo Isaías Crespo, sobre N° 5 doc. N° 4448.
- Bascope Julio, J. (2012). *La colonisation de la Patagonie australe et la Terre du Feu. Sources pour une histoire internationale, 1877-1922*, tesis doctoral. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales. Ms.
- Bejarano, M. (1873). Diario de viaje en el valle del Río Negro del Carmen de Patagones hasta el cerro nevado del Valle Rica y vice-versa. En *Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de la República Argentina presentada al Congreso Nacional*. Buenos Aires: Imprenta Americana.
- Boccaro, G. (2000). Antropología diacrónica. Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político (pp. 21-59). En G. Boccaro & S. Galindo, (Eds.), *Lógica Mestiza en América*. Temuco: Universidad de La Frontera.
- Boccaro, G. (2003). Fronteras, mestizaje y etnogénesis en las Américas (pp. 63-108). En R. Mandrini & C. D. Paz (Comps.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*. Tandil: Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional del Sur, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Boccaro, G. (2005). Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas: Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtel. *Memoria Americana*, 13, 21-52.
- Boschín, M. T. (2002). *Historiografía del Arte Rupestre de la Patagonia Argentina. Problemas, teorías y metodologías*. Memoria de Grado; Salamanca: Universidad de Salamanca. Ms.
- Boschín, M. T. (2009). *Tierra de Hechiceros. Arte indígena de Patagonia septentrional Argentina*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Boschín, M. T. & Del Castillo Bernal, F. (2005). El Yamnago: del registro histórico al registro arqueológico. *Revista Española de Antropología Americana*, 35, 99-116.
- Boschín, M. T. & Nacuzzi, L. R. (1979). *Ensayo metodológico para la reconstrucción etnohistórica. Su aplicación a la comprensión del modelo tehuelche meridional*. Serie Monográfica del Colegio de Graduados en Antropología, 4, 456-473.
- Claraz, J. (1888) [1865-1866]. *Diario de viaje de exploración al Chubut*. Buenos Aires: Marymar.
- Casamiquela, R. (1965). *Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente*. Bahía Blanca: Cuadernos del Sur, Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur.
- Casamiquela, R. (1990). Los pueblos indígenas. *Ciencia Hoy*, 2 (7), 18-28.
- Casamiquela, R. (2004). *El linaje de los Yanquetruz Confirmación genealógica de la presencia -en época histórica- del sustrato pantehuelche en el área pampeana*. Trelew: Fundación Ameghino.
- Clastres, P. (1981). *Investigaciones en antropología política*. Barcelona: Gedisa.
- Cox, G. (1863). *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*. Santiago de Chile, Imprenta Nacional.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1988). *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Entraigas, R. A. (2000). *Piedra Buena caballero del mar*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- Escalada, F. (1949). *El complejo Tehuelche. Estudios de Etnografía Patagónica*. Buenos Aires: Coni, Serie Instituto Superior de Estudios Patagónicos.
- Fernández C. J. (1998). *Historia de los indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la Pampa central*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Harrington, T. (1946). Contribución al estudio del indio Güñuna Küne. *Revista del Museo de La Plata, Sección Antropología*, 14 (II), 237-275.
- Hux, M. (1991). *Caciques huiliches y salineros*. Buenos Aires: Marymar.
- Imbelloni, J. (1949). Los patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza. *Runa - Archivo para las ciencias del hombre*, II (1-2), 5-58.
- Lazzari, A. & Lenton, D. (2000). Etnología y nación: facetas del concepto de araucanización. *Revista de Antropología Avá*, 1, 125-140.
- Lehmann-Nitsche, R. (1922). El grupo lingüístico "Het" de la pampa argentina. *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, 10-85.
- Levaggi, A. (2000). *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires: Universidad del Museo Social Argentino.

- Lista, R. (2006) [1894]. *Los indios tehuelches, una raza que desaparece*. Buenos Aires: Patagonia Sur Libros.
- Martinic Beros, M. (1995). *Los Aónikenk historia y cultura*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- Moreno, E. (comp.) (1979). *Reminiscencias de Francisco P. Moreno*. Buenos Aires: Eudeba.
- Moreno, F. P. (1876). Viage á la Patagonia Setentrional. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, I: 182-197.
- Musters, G. (1870-1871). A year in Patagonia. *Proceedings of the Royal Geographical Society of London*, 15(1), 41-51.
- Musters, G. (1872). On the Races of Patagonia. Lieutenant Musters. *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 1, 193-207.
- Musters, G. (1964) [1871]. *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no Frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Nacuzzi, L. R. (1998). *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Outes, F. (1928). Vocabulario y fraseario Genakenn (Puelche) reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864. *Revista del Museo de La Plata*, XXXI, 261-297.
- Poutignat, P. & Streiff-Fenart, J. (1995). *Théories de l'ethnicité*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Rey Balmaceda, R. (1964). Estudio Preliminar. En G. Ch. Musters (Ed.). *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no Frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro* (pp. 73-38). Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Rodríguez, M. (2010). *De la "extinción" a la autoafirmación: procesos de visibilización de la comunidad tehuelche Camusu Aike (Provincia de Santa Cruz, Argentina)*. PhD Dissertation in Literature and Cultural Studies, Georgetown University. Ann Arbor: ProQuest LLC, UMI Number 3408188.
- Rodríguez, M. & Delrio, W. (2000). Los tehuelches. Un paseo etnohistórico (pp. 428-460). En Gobernación de Santa Cruz (Ed.), *El gran libro de la Provincia de Santa Cruz*. Barcelona-Buenos Aires: Alfa-Milenio.
- San Martín, C. (2013). Memorias que desarqueologizan. En C. Crespo (Comp.). *Tramas de la diversidad: patrimonio y pueblos originarios* (pp. 101-135). Buenos Aires: Antropofagia.
- Sloterdijk, P. (2006). *Esferas III (Espumas)*. Madrid: Siruela.
- Vezub, J. E. (2006). Lenguas, territorialidad y etnicidad en la correspondencia de Valentín Saygüequé hacia 1880. *Intersecciones en Antropología*, 7, 287-304.
- Vezub, J. E. (2009). *Valentín Saygüequé y la "Gobernación Indígena de las Manzanas". Poder y etnicidad en la Patagonia Septentrional (1860-1881)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Vezub, J. E. & De Oto, A. (2011). Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo. Una lectura descolonial. *Otros Logos*, 2, 135-162.
- Viegas Barros, P. (2005). *Voces en el viento. Raíces lingüísticas de la Patagonia*. Buenos Aires: Mondragón Ediciones.
- Villar, D. & Jiménez, J. F. (2003). La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y las Pampas, 1780-840). En R. Mandrini & C. D. Paz (Comps.). *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo* (pp. 123-171). Tandil: Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional del Sur, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

